

Sobre "Se ruega no dar la mano"  
LA NACIÓN Buenos Aires

Figura este autor en las avanzadas máximas de la nueva generación literaria del Uruguay y su obra, escasa hasta ahora, se señala por una independencia absoluta en cuanto a escuelas y cánones. De esta dura prueba de libertad y desenfado esencialmente juveniles en la que tantos escritores noveles naufragan, sale airoso, con gran ventaja de su parte, y lo consigue por la actitud sincera y graciosa que adopta, en la práctica, frente a sus concepciones. Actitud sencilla y despreocupada, además, que denuncia a las claras la presencia de un poeta en estado de pureza y un talento tendido en una amplitud comprensiva. Podrá negársele solidaridad para los enunciados que, quiéralo o no, pregona con sus trabajos, podrá censurársele su desprecio insistente de las fórmulas tradicionales, definitivamente consagradas, pero no es posible, al mismo tiempo, desconocer la enorme fuerza de simpatía que guardan estos poemas suyos "profilácticos a base de imágenes esmeriladas".

Vale decir que el autor no asume un papel trascendental, ni siquiera levemente profético, ni batallador. Se inclina mejor al rasgo burlón, a la pirueta ejercida con propiedad oportuna.

De sus puntos de vistas poéticos, informa con terminante e instructiva concisión en el prólogo: "Por suerte, se han acabado los versos. ¡No hay más, señores! Los poetas de ahora hacen poemas. Persiste, sin embargo, la tendencia a dejar mucho papel en blanco dentro de los libros de poemas. Pero, poco a poco, a medida que la civilización artística nos vaya calando, pasará también esa manía; como han pasado el laúd, el juglar y el tren de las 15 y 2".

De esta breve profesión de fe se inferirá que el autor no otorga importancia excepcional a la declaración de sus opiniones sobre la materia. Opta por despojarlas de seriedad y ofrecerlas, ya en un plano de realización, al juicio del lector. Es preferible esto. Los elementos de juicio se encuentran a mano y el balance se libra a la iniciativa individual, exento de dificultades considerables.

En este caso, arroja saldos muy favorables para el poeta.

Contra las objeciones que suscitan las metáforas prodigiosas, la síntesis excesiva, el término demasiado audaz, se alzan en cambio las pruebas de proporción y se desenvuelven en ajustado equilibrio con el marco.

No se crea, por eso, que en este libro de poemas ha de hallarse únicamente de valor lo externo y pintoresco. En Alfredo Mario Ferreiro hay un poeta duro, integral, próximo a un maderamiento intelectual del que cabe esperar frutos nobles, acaso bastante distintos a los que de él se conocen. Las composiciones que componen "La esfera sin horas", capítulo del volumen del que nos ocupamos, y la titulada "Canto del ombú para los cuatro horizontes", modelo de contenida dramaticidad las primeras y de égloga moderna la última, permiten, entre otras, vaticinarlo con firmeza.